

EL ÁLAMO NEGRO

Era, y sigue siendo, uno de mis mejores amigos. Hacia 1984-85 aproximadamente. Me regaló una hoja mecanografiada y firmada, que reproducía en tres líneas una conversación mínima que habíamos tenido hacía muy poco. A la conversación no presté en su momento demasiada atención, la verdad, pero cuando leí ese breve texto escrito comprendí, entendí mejor. Nunca se lo agradeceré lo bastante. Me preguntaba qué era lo más importante para mí de “mi tierra”, y yo contesté: “el cielo”.

En aquellos años de adolescencia turbia, cuando venía en verano a Fuente del Arco, adopté una costumbre que se quedaría conmigo para siempre. Cuando descendía el sol bajaba yo también por un camino trasero, cuesta abajo desde mi querida calle Fontana, donde nací y aún mi familia tenía una pequeña casa. Con mi cuaderno bajo el brazo caminaba hasta sentarme a la sombra, justo enfrente de un árbol que, para mí, era el lugar más favorable del mundo. Era un árbol muy alto, que yo sabía que me escuchaba, o que por lo menos me acompañaba, y quería pensar que yo también lo escuchaba, que lo acompañaba uniendo mi soledad a la suya. Ese árbol... ¡lo habré mirado tantas horas así como si nada! Era como un puente de hojas y aire entre tierra y cielo, entre el cielo y la tierra justamente. No sé a quién pregunté, no sé quién me dijo que ese árbol de allí era un álamo negro.

Le dediqué un poema, que perdí con los años. Intenté aprender de él todo lo que pude. Me enseñaba silencio, constancia, paciencia, serenidad... ¿qué más se puede pedir? Comprendí, gracias al álamo negro, que todo lo que nos salva y nos hace crecer, porque nos une a los demás, es una raíz invisible. El trayecto entre tierra y cielo, entre el suelo y el aire, es como el tramo entre unas personas y otras, como ahora aquí mismo, entre tú y yo. Te doy las gracias, álamo. El negro de tu sombra, y el rojo del sol cayéndose despacio, son también los colores de las amapolas, de la resistencia y de la libertad, de la belleza más difícil de todas, del luto, del amor y la pasión. Quiero que sean los míos, y si lo son hoy es gracias a ti.

¿Cuándo se mira al cielo? ¿Cuándo notamos que pisamos la tierra sin querer dejar huella ninguna? ¿Cuando falta la luz? ¿Cuando se tiene hambre?,,, En Fuente del Arco se ha pasado hambre. Y para no olvidarlo, como se suele hacer, apunté esto en una especie de prosa que apareció recogida en el libro titulado *Extra* (2010), y en parte decía así:

El hambre custodia la tierra. No es cierto que nadie la haya visto. Cualquiera al menos la ha sentido, la ha oído moverse entre las matas nocturnas, como si fuera un aire o brisa no buscando nada, reptando a veces en secreto mientras todxs dormían. Respira como si tuviera un cuerpo de bicho imposible. Como es normal, nadie se pone a hablar de eso, ni siquiera quienes aman la caza, ni quienes madrugan para trabajar todo el día en el campo o en la casa. Pero me entienden. Y saben que lo que digo es cierto: que hay una especie de rastro vivo por dentro y por fuera del pueblo, a veces velando por los callejones, otras murmurando sin tiempo. Y es un hambre. La hay para quienes nos suceden, y para nuestrxs mayores. Hay gente que la olvida de memoria.

He dicho que este poemario se titulaba *Extra*, y lo he dicho por algo: lo *extra* es lo que está en el exterior, lo que se queda fuera de sitio. También es prefijo de Extremadura. La poesía ha sido para mí la mejor forma de aprender a estar fuera de lugar, a no venir a cuento. Una tabla de naufrago. Seguramente, lo primero, por el hecho de pertenecer a una familia de emigrantes, a una casa emigrada o, de hecho, pertenecer no a una casa o a otra, sino vivir en mudanza, sin sitio fijo ni propio ni nada parecido. Pronto tuve que comprender que me quedaba sin lugar en el mundo. Muchas veces he recordado sin querer una visión de niño, cuando aún vivía en Fuente del Arco: caminando con alguien por las afueras, en la carretera, una línea blanca; al borde un cartel dice “Sevilla / Andalucía”, y al darle la vuelta, por el otro lado, “Badajoz / Extremadura”. El cartel era algo así, más o menos. Lo guardo borroso en la memoria, pero la raya en el suelo sigue conmigo igual de blanca, igual de deslumbrante. Era como una cicatriz absurda: una línea no podía separar dos tierras más que de una forma forzada, artificial; una frontera es un lugar que en vez de dar sentido (al encuentro entre espacios diferentes) lo que hace es negar la virtud del cruce, del encuentro con lxs otrxs. Las personas (e)migrantes han aprendido esto como un dolor de por vida, como un saqueo del alma, que se revive cada vez que la mirada de los demás te ve como alguien extraño, de un lado y del otro. Hoy, gracias a este regalo que me hace Fuente del Arco, la extrañeza es menor en mí, más llevadera y fértil, y el sentido del mundo más acogedor que nunca. Hoy también otras muchas

personas pasan hambre y dan su vida por cruzar fronteras que nadie merece. Por eso mismo, en un día como hoy quisiera brindar por la existencia de un lugar tan único como este, sin fronteras de verdad y sin policía.

Pero lo segundo, y a la vez, es que esta vivencia de lo extraterritorial, de lo extraño, en mi caso, me atravesó el lenguaje: mi habla tampoco era ya de ninguna parte, aunque no podía (ni quería) evitar sentir la atracción de esa raíz o imán que es el lugar de nacimiento y el mundo de la primera infancia. Y la poesía se hizo en mí cargo de eso: la poesía (aquí la pienso en sentido amplio, como creatividad verbal, o musical, o visual, o vital...) me ofreció una forma de vivir sin recompensa, una forma de decir que resultaba también extraña, que no se entendía. Pero tampoco se entienden las vivencias decisivas como enamorarse, como morir, ¿no? Y por eso la poesía tiene que ver con ese ámbito o zona de la vida que es clave, que es crucial para ayudarnos a estar donde estemos de una forma abierta, más receptiva, para enseñarnos a (con)vivir con aquello que no comprendemos. La poesía es un exilio del lenguaje común, y gracias a eso pone en común lo que nos hace preguntas, lo que nos desborda, lo que es más deseo que realidad: lo que nos falta. Todo lo que he hecho, lo que he dicho, dentro y fuera de los poemas y los ensayos críticos, ha sido un intento confiado, también un tanto desesperado o, por decirlo así, un pulso de *protesta poética* contra una realidad demasiado injusta, demasiado cerrada, demasiado irrespirable.

Un poema viene al mundo huérfano, bastardo, y por eso las raíces de toda la poesía universal están en la cultura popular y son aéreas, rítmicamente sonoras, y son anónimas. Mi poesía es anónima: da igual que aparezca o no mi nombre: el caso es que es parte de un mundo que nos falta y nos señala un tiempo y un espacio más anchos, y más libres, que el tiempo y el espacio de la vida que se mal llama *normal*. El eje neurálgico, el epicentro de este mundo sin mundo que abre el poema, para mí, es esta tierra y este cielo, este aire, esta luz. Sois vosotrxs. Y hay pruebas: en mis poemarios publicados he pedido siempre que conste el nombre de este pueblo. Quien se fije en detalles así, verá que muchos libros en los escaparates no indican el lugar preciso de nacimiento de quien lo firma. Y en realidad se podría decir: ¡es que no es necesario! Pues sí lo es. En el caso de mis libros sí es necesario, es imprescindible. La poesía no se entiende del todo, por suerte, y en eso se parece a una caricia, al daño en la piel, a la ausencia de quien más queremos, a un escalofrío... Pero lo que escribo se entendería

menos, o nada, si faltara esa indicación elemental, obligatoria: Fuente del Arco, Badajoz, 1967.

Y ahora Fuente del Arco me quiere nombrar Hijo Predilecto. Este regalo simbólico, ¡y tan literal!, tan íntimo, lo asumo como un regalo para las personas que se sienten de aquí, pero también para quienes no se han podido sentir de ninguna parte porque nadie les ha hecho sitio; es un regalo también para las personas sin sitio, para las personas solas, para la gente sin nadie. John Berger escribió un poema sobre las personas emigrantes de los años setenta, que empieza diciendo: “Su soledad es como hierro bajo la lluvia / las palmas de sus manos están rojas de óxido / desde la orilla extranjera del río / con los muertos / en la oscuridad...”. Estos versos hablan de gente sin garantías, no comprendida, mal acogida, incluso explotada, ninguneada. Habla de oscuridad, sí, pero también hay un fragmento de la poeta Emily Dickinson que me ha salvado la vida: “avanzando a tientas / era más claro”.

Si ahora me llamáis “hijo” ¿qué es lo que tiene que quedar claro? Que formamos parte de una familia, lo queramos o no, y no en el sentido de un clan o de un redil, sino más bien de una hermandad, de una comunidad formada por hermanxs, amigxs, gente tan querida que no sé nunca qué decir, qué decirles, decirlos, salvo que sé que de verdad se celebra conmigo lo que haya que celebrar. El ejemplo más claro que puedo poner de celebración que se comparte por el aire, porque sí, es desde luego la música y la actitud comunicativa de Tortilla de Morgiaño. Por lo demás, hablar de “familia” en este pueblo es algo bastante precario porque el tema de los vínculos familiares parece que se atraviesa por todas partes (vamos, que la cosa de las relaciones en el pueblo ha sido desde el principio un relativo cachondeo...) Al ser padre, creí entender por fin lo que habían sido los míos para mí. Veía corretear por la casa a tres criaturas, de acá para allá, y casi sin intentarlo escribí esto para mi padre, sin que él lo supiera, pero ahora lo va a saber. Sé que lo va a oír. Apareció en *Por más señas* (2005). Papá, como tantas cosas, te lo debo:

Señuelo

Las manos se han cerrado

al sueño de la cal.

Y no se oye a lo lejos el murmullo del árbol.

Nuestros ojos bastardos
están también de noche en vela,
de luz a luz,
buscando techo mientras
el temor al relente
no ahoga,
deja dormir
al lado de la madre abandonada.

Las palabras hablan solas, si tenemos el coraje de escucharlas. Como no siempre lo tenemos, pues eso, hablan solas, sin nadie. Se van a dormir con la esperanza de que el día siguiente sea mejor, que alguien esté con ellas. Los nombres nunca olvidan que estamos en ellos, que sin las palabras, sin su silencio también, seríamos menos de lo que somos. Esto lo digo porque causas que se me escapan, hilos que me atraviesan, en fin, hicieron que nos llamáramos igual mi bisabuelo y mi tío abuelo muertos, mi madre, mi padre y yo, y mi hijo Antonio, Toni, para quien se queda escrito, a la vista de cualquiera, lo siguiente (*Clic 2024*):

Manada:

más nada. ¿¡Qué
más da! Tú da,
con o sin luz,
sin razón de tu
más que amor.
Da la mano.

Son unas líneas que buscan cuestionar la pulsión de manada, el ascenso del nuevo fascismo, esa desgracia de los tiempos a la que damos nuestra mano extendida, nuestra mano pidiendo igualdad, justicia, pidiendo paz. Las manos de mis hijxs están abiertas al aire, de día y de noche, las cerraban con fuerza de bebés, y toda esa fuerza se ha ido volviendo un impulso de abrirse como flores a pulso. Sara y Julia nacieron juntas, les hablé juntas, pero saben que les hablo y las escucho a cada una, que las quiero a cada una como lo que son, cada una una hoja única, irreplicable, del árbol más

necesario que existe. Siguen juntas, junto a su hermano, siento que los tres siguen a mi lado, y yo al suyo, y quiero decirlos aquí y ahora que eso va a ser así siempre, estemos donde estemos y como estemos. Si Fuente del Arco quiere nombrarme Hijo Predilecto entonces os nombra *Nietxs Predilectxs*, por decirlo así, y eso es una responsabilidad y una alegría que ojalá sepáis entender, asumir y compartir a tres bandas, cada vez que vengáis, en todo momento. Os lo pido con estas palabras. En particular a Julia y Sara os lo ruego así:

Hojas que aún no han crecido:

la ilusión de vivir
o morir en el borde
con vosotras del aire
puede dejarme en nada.
Esta inminencia nueva
no cae de ningún sitio.
No sube hasta lo alto.
Solo espera su vez.
Está aquí para recordarme
que sois lo que des nombra;
cuerpo de amor, de ausencia
que pronto negará mi defendido
rastros así de disolución.

Justo al lado del poema anterior, en *Trasluz* (2002), se publicó este otro cuya primera palabra, en un tipo de letra menor, era *madre*. Iba (y va) justo después, justo al final, y ojalá al leerlo se entienda por qué:

Sí,
por primera vez
estoy viendo tu letra
al final de la carta
de todos.

Quisiera comprender,
saber cómo es su curso
pero tu mano espera solo
que vea mi ceguera.

Quiero en este momento pedir os perdón por mi ceguera, a quienes estáis aquí, y a quienes no, o no lo parece. A nuestrxs muertxs, a quienes nos enseñaron a vivir, a trabajar juntxs, a querer vivir. Si acabo nombrando a las mujeres, como nombro aquí a Lucía, pero también a Ana, a María, a Ana Mari y Laura, Vero y Vega, nombro a Antonia, a Mari, a Remedios, a Ana Ara, a Mercedes, a Ara y Violeta y Sonia, nombro a Luisa y a Luisi, a Carmen, a Chus, os nombro para ver si algo se me pega por fin de vosotras, que ya va siendo hora... Voy a ir terminando...

“Desde la orilla extranjera... / con los muertos / en la oscuridad”... La oscuridad vive de la claridad, la noche del día, eso es así. Y es también al revés. Sin más, nuestras heridas relucen más blancas que la cal de la ermita. El álamo estaba y seguirá solo, por eso nos acoge quizá como nadie lo haría. Nos abraza la soledad desnuda, lo que tenemos en común, el dolor compartido, la alegría de encontrarnos. Personalmente debo sobre todo esta lección de abrazos a Lolo Villazán, y él lo sabe, o sea sabe que nunca le podré corresponder lo bastante. Cada mano nuestra, en este pueblo nuestro, tiemble o no, hace sitio a lo que vivimos a solas, pero además a lo que nos reúne en la memoria, como las tazas ofrecidas, las miradas que lo dicen todo, y los momentos inacabados con quienes están y con quienes no están... cada partícula de nada se acuerda de la columna de los ocho mil, de las pérdidas sin las que no seríamos como somos, de la matanza de Badajoz, de los pájaros que se cruzan por debajo de las nubes en bandadas imprevisibles... cada encina se imagina de fiesta con otras en la dehesa, cuida de la ilusión por un mundo nuevo más necesario, donde nadie tenga que ser más que nadie... al final de la película documental *Vivir la utopía* se oye el testimonio de Aurora Molina pronunciando apenas esta ilusión, diciendo “aunque no se llegue, pero [me refiero a] lo que puede ser como una ilusión, lo que puede ser como una poesía...”.

En cuanto a mí, en fin, he venido hasta aquí a decir que un árbol sigue al raso, y que la poesía cumple con su palabra. Un poema es como un pasadizo en la mina de la vida en común, del aire que respiramos. Así lo esbozó Franz Kafka en su estremecedor relato *La obra*, que desde luego no pudo terminar... Porque cada poema, como cada sonido o ritmo o dibujo o paso, como cada persona, es un trazo infinito, inexacto, que no se termina aunque parezca que sí. Es como un túnel de La Jayona: tiene (tenemos) esa fuerza de lo que no se sabe, del avanzar a tientas, porque cómo si no...

La poesía y Fuente del Arco son una misma cosa: un lugar donde querer vivir. Voy a quedarme con que esta mención tan valiosa, este precioso detalle que habéis tenido, no es solamente conmigo: es de cada persona de aquí consigo misma, con lo que nos queda todavía por decir y hacer, por deshacer y rehacer. Es por eso mismo un gesto que dice tanto, que susurra cosas tan imprescindibles sobre esta tierra, bajo este cielo... En ninguna parte hay flores mejores. Este instante es un saludo de compañía sin precio, a través de mí, que hacemos desde aquí a un árbol de silencio, casi sin rumor siquiera, casi sin nombre. Os lo agradezco en el alma, con todo mi corazón, de parte del álamo negro.

Antonio Méndez Rubio